

tapalapan, tomó á la derecha, y llegó hasta la falda del cerro que está cerca de la poblacion.

Allí se detuvo y se puso á examinar cuidadosamente todos los alrededores, caminando unas veces, agazapándose otras entre la yerba, permaneciendo inmóvil durante algun tiempo, y procurando siempre poner la planta en donde no se imprimiera la huella, aquel hombre permaneció por allí mas de una hora.

Era seguro que su designio era cerciorarse de que nadie le observaba.

Por fin pareció quedar satisfecho, y entonces se decidió á seguir adelante, pero sin andar en línea recta, sino llevando un camino verdaderamente caprichoso.

El terreno que aquel hombre habia recorrido en su marcha, estaba muy lejos de tener el aspecto que hoy presenta; en aquella época no existian esas anchas calzadas, ni esas llanuras extensas que miramos hoy por el Sureste de la ciudad; los lagos cubrian con sus aguas casi todo aquel rumbo y penetraban hasta las calles de México, y solo podia transitarse en algunos puntos por angostas veredas practicadas entre el lago sobre macizas estacadas.

La noche habia ya cerrado completamente, cuando el indigena danzante se detuvo en el cerro de Iztapalapan delante de una gran peña rodeada de espesos matorrales.

Ninguno quizá habria encontrado allí nada que llamara la atencion; pero aquel hombre conocia sin duda demasiado el terreno, porque apartando suavemente la maleza, penetró en el bosquecillo que ella formaba, cuidando de no dejar rastro de su paso por allí.

Detrás de la gran roca, y como apoyada en ella, habia otra mas pequeña; el hombre se acercó, y sin hacer en apa-

riencia grande esfuerzo, la hizo volver sobre uno de sus costados.

Quedó entonces descubierta la entrada de una caverna, entrada bien estrecha, pero suficiente para dar cabida al cuerpo de un hombre.

El misterioso viajero recogió las alas de su fantástico traje y comenzó á descender, y cuando ya solo tenia fuera los brazos y la cabeza, asió uno de los ángulos de la roca que servia de puerta, y tiró de ella.

El equilibrio de aquella roca estaba perfectamente calculado; el batiente de una ventana no hubiera cerrado con mas facilidad ni con mas precision: al impulso del hombre, la roca vaciló, y despues de un corto número de oscilaciones cayó pesadamente sobre la entrada, cubriéndola casi herméticamente.

Descendió el hombre algun tiempo valiéndose de los piés y las manos, por una especie de escalera labrada en la piedra, y llegó despues á un plano en el que la bóveda del subterráneo, bastante elevada, le permitia caminar cómodamente.

Aunque reinaba allí la oscuridad mas profunda, el hombre no vaciló en el camino que debia seguir; atravesó, palpando el muro, por dos ó tres galerías que iban tan pronto en direccion del Norte como del Sur, y repentinamente, al doblar un ángulo, se encontró en una especie de salon iluminado por una gran hoguera, al derredor de la cual habia algunos hombres conversando.

El primero de aquellos hombres que descubrió al recién llegado, exclamó levantándose:

—¡Tetzahuitl!

—Tetzahuitl!— repitieron los demas poniéndose en pié, con grandes muestras de respeto.

El recién venido, á quien todos saludaban con el nombre de Tetzahuitl, como si estuviera profundamente preocupado, comenzó á despojarse de sus atavíos, sin poner atención en nada de lo que pasaba á su lado.

Tetzahuitl debía ser un personaje de grande importancia, porque todos los que allí estaban fueron poco á poco perdiéndose entre las sombras de la caverna, y no quedó mas que un hombre ya anciano, que contemplaba á Tetzahuitl sin hablarle, pero con muestras de tierno interés.

Entretanto, el traje de Tetzahuitl habia caído, y el hombre apareció con su verdadera figura.

Era un azteca jóven de veinticinco años; su estatura no era de las mas elevadas, pero su desarrollada musculación demostraba que aquel jóven tenia un vigor y una fuerza poco comunes; su frente ancha y despejada estaba sombreada por dos largos mechones de un pelo tan negro y tan brillante como el ala de un cuervo; sobre su labio superior se dibujaba un ligero bigote, y sus ojos chispeantes parecían algunas veces lanzar relámpagos: Tetzahuitl era el tipo de un hermoso azteca.

El viejo, sin moverse, le contemplaba en silencio, y así permaneció mientras el jóven, dejando á un lado los arreos que le habian servido en el baile de la boda, se sentó tristemente cerca del fuego en una piedra, y apoyando su frente en sus tendidas manos, se entregó con libertad á sus meditaciones.



**T**RASCURRIÓ cerca de media hora de esta manera, sin que el silencio fuera interrumpido mas que por el chisporroteo del fuego y por algun suspiro ahogado de Tetzahuitl.

Por fin, el jóven levantó la cabeza y miró al anciano.

—Temachti!— dijo con dulzura.

—Hijo mio!— contestó el viejo— ¿por qué te miro hoy mas triste que otros dias? Cuéntame tu pena: si el árbol viejo y seco no puede ya defenderte contra la tempestad y el rayo, tiene al menos una sombra para cubrirte de los ardores del sol: ¿qué tienes?

—Estuve allá.....— contestó el jóven moviendo tristemente la cabeza y mostrando con su mano extendida el rumbo de la ciudad.

—¿Y la viste, hijo mio?— preguntó con interés el anciano, como si en las palabras del jóven hubiera comprendido una larga historia de amores.

—Sí, la ví, la ví,—replicó Tetzahuitl exaltándose gradualmente;—la ví; pero los cristianos se la han entregado á otro, á otro, á uno de ellos, á Dorantes; ahora ya es cristiana, ya se llama Isabel, y otra va á ser su casa, y va á amar á otro; así lo manda, así lo dispone el señor, el capitán de los cristianos; y yo la pierdo.....

El jóven, como sintiendo una profunda desesperacion, inclinó el rostro y se oprimió la cabeza con las manos.

—¡Tetzahuitl! Tetzahuitl!—dijo con dulzura el viejo acercándose á él y procurando acariciarle—no te entregues así á tu dolor; ninguna noche es eterna; despues de las sombras viene la luz; desde los árboles corpulentos hasta las yerbas que flotan en el lago, todos los seres luchan con los huracanes y con las tormentas, y los débiles y los fuertes llegan siempre á salir victoriosos, con tal que no se dejen abatir.—Oyeme, Tetzahuitl; ¿quieres mucho á esa mujer?

Al escuchar aquella pregunta Tetzahuitl alzó el rostro, como trasfigurándose repentinamente, sacudió su negra y lacia melena, y con el fuego en la mirada, y con la voz trémula de sentimiento y de entusiasmo, exclamó:

—¿Que si la quiero?..... ¿que si la quiero me preguntas, Temachti? Escúchame: cuando pienso en ella, mi sangre se enciende, mi corazon se azota con violencia, una nube de fuego cruza ante mis ojos, mis miembros todos se estremecen, y si estoy solo, si puedo entregarme libremente á mis ilusiones, entonces caigo de rodillas y tiendo mis brazos al aire como un insensato, y de mi pecho agitado se escapa, no una queja, no un suspiro, no un grito de dolor, sino un rugido que nada tiene de humano, y que conmoveria, sin duda, á las rocas de nuestras montañas: desde

que conozco á esa mujer, mi corazon es un santuario, mi alma es un templo en donde vive su imágen eternamente; cierro los ojos y busco la oscuridad, porque entonces veo mi espíritu, y en mi espíritu la veo á ella, y allí hay una claridad, una luz tan viva, tan pura, tan intensa, que los rayos del sol me parecen pálidos y tristes, mi alma se embriaga con sus mismas ilusiones, y el cielo y el mundo se encierran para mí en mi misma pasion, en mi mismo pecho: desde que la conocí, Temachti, me siento capaz de todo lo grande, de todo lo noble; desde ese dia ningun pensamiento negro ha cruzado por mi alma, porque allí está ella, y no permitiré nunca que una sombra turbe, ni por un instante, la purísima luz de su santuario: algunas veces siento que el fuego de la desesperacion me abrasa, y entonces la adoro como los dioses de las tinieblas deben de adorar á la luz; y otras, una ternura dulcísima y profunda se apodera de mí, mi ser, se desvanece como el contorno de las montañas entre las sombras de la tarde, y brota el llanto de mis ojos, y las lágrimas surcan mis tostadas mejillas.....

Calló por un momento el jóven, fijó sus negros ojos en las llamas inquietas que se levantaban de la hoguera, y luego repentinamente, como sintiéndose inspirado, asió con fuerza el brazo del anciano, y mirándole con fijeza le dijo:

—Oyeme, Temachti; ¿comprendes ese misterio terrible que debe pasar en las entrañas del Popocatepetl? comprendes cómo el fuego voraz hace estremecer hasta el fondo de nuestros lagos, cómo ruge allá en el centro de la tierra, cómo lanza hasta el cielo algunas veces columnas de humo, para darnos idea de su poder? ¿te imaginas qué pasará en esas inmensas profundidades, en donde todo es fuego y confusion, y terror y amenazas? Pues bien; todo eso tan

tremendo, tan espantoso, es nada..... nada, Temachti, comparado con lo que siento yo dentro de mi alma; quisiera morir para encontrar descanso, y tiemblo ante la idea de separarme de ella para siempre; ansío su vista, y no tengo valor para mirarla; moriria de dolor si ella me despreciara, y el placer me mataria si llegara á amarme..... besar la huella de su planta, es la única ambicion de mi vida..... por ella seria yo capaz de renegar hasta de la religion de nuestros padres..... seria yo capaz de ser cristiano..... por ella, Temachti, sacrificaría mi honor, serviria yo de esclavo á los mismos castellanos.....

—Tetzahuitl,—dijo solemnemente el anciano—vuelve esas palabras á tu pecho: el nieto de un grande emperador, el caudillo que ha luchado tanto por la independencía de su patria, el árbol que da sombra á los vencidos, el águila jóven que es la esperanza del porvenir, no debe decir eso, no lo debe pensar siquiera: Tetzahuitl, tú deliras, vuelve en tí.....

—¡Oh, tienes razon, Temachti, tienes razon! digo mal; ¿pero puedo yo acaso contenerme? ¿Soy por ventura dueño de mí mismo? No; mi alma no es mia, no me pertenece, yo no tengo ya ningun poder sobre mí; el huracán arrebató una barquilla en el lago, y la arrastró, y nadie puede entonces contenerla ni dirigirla..... Tú comprendes lo que amo á esa mujer: hace ya dos años que los cristianos se apoderaron de ella, le enseñaron su religion, su idioma, la quieren hacer extraña para nosotros, y el dia que lo manda el gefe, se la entregan á otro hombre para que sea su mujer, para que sea la madre de sus hijos..... ¡Esto es horrible!

—¿Y despues de eso, piensas en llegar á hacerte cris-

tiano? ¿piensas en servir á esos hombres? ¡Tetzahuitl! ¿No hierve el rencor en tu pecho? el soplo de la venganza, no mitiga el ardor de tu corazon? ¿Llorarás como una mujer, ó te vengarás como un Dios?

—¿Y ella?

—Ella será tuya, tuya..... te lo prometo.

—¡Mia! ¿Y cómo? Habla, habla.....

—Aun no lo sé; he consultado á los astros, y he visto en sueños una tórtola acariciando á una águila.....

—¿Y bien?

—La tórtola venia de una prision, el águila se cernia sobre la montaña..... los dioses lo disponen..... ¡Tetzahuitl! tú eres el águila de nuestras montañas; la tórtola que hoy canta prisionera, tendrá para tí sus caricias..... ¿cuándo? ¿cómo? los dioses solo lo saben, y ellos me harán saber sus altos designios, si así me fuere conveniente; entretanto, espera!

—¡Oh! esperaré, esperaré, Temachti; bendita sea la voluntad de los dioses, bendita sea tu voz!

—Escucha un consejo, hijo mio, porque aun eres jóven: jamas vuelvas á vestir los arreos fantásticos del danzante; el caudillo de un pueblo no debe nunca descender así de su altura.....

—¡Fué por mirarla siquiera!

—Bien, Tetzahuitl, la miraste ya; pero en lo de adelante conquístala, y no descendas de tu grandeza..... ella te amará, te lo aseguro en nombre de los dioses.

SALAZAR.

**C**ORTÉS hizo publicar la expedición que intentaba llevar contra Cristóbal de Olid, por toda la ciudad, y comenzaron á hacerse los preparativos con toda diligencia.

Cristóbal de Olid, uno de los mas famosos capitanes de Hernan Cortés, se habia distinguido en las guerras con los mexicanos, por su arrojo y por su inteligencia, y logró ganar completamente el cariño del conquistador.

Sometido el imperio de Moctezuma, Cortés eligió á Olid para confiarle el mando de una escuadra de seis naves y de cuatrocientos infantes y treinta ginetes, encomendándole la conquista de las Hibueras, país distante cuatrocientas cincuenta leguas al Sudeste de México, en cuya conquista tenia gran empeño el emperador Carlos V, porque deseaba que se encontrara el paso de uno á otro mar, y se

tenia entonces como probable que por el golfo de Darien llegaria á encontrarse ese paso.

Olid aceptó gustoso el mando que le daba Cortés, y se puso en marcha y llegó con felicidad al término de su viaje. Los habitantes de aquel país, de carácter dócil y poco afechos á la guerra, se sometieron fácilmente, y Olid se vió muy pronto señor de un inmenso y rico territorio.

Entonces el demonio de la ambición sopló en su alma, y la gratitud no resistió el combate, y el hombre favorecido por Hernan Cortés, olvidó á su protector, desconoció su autoridad y cortó con él todo género de relaciones.

Acción semejante habia hecho tambien Cortés con Diego Velazquez, que le encomendó el mando de la expedición que salió de la isla de Cuba en busca de nuevas tierras; y el conquistador de México, al saber la ingratitud de Olid, debió haber sentido el puñal de los remordimientos, recordando lo que él mismo habia hecho con Velazquez.

Pero en el mundo casi nunca registra la historia dos acontecimientos idénticos en la ejecución y en los resultados; el *isocronismo* en la historia es la utopía de una escuela italiana, que tiene pocos partidarios entre los hombres de ciencias.

Hernan Cortés no podia quedarse burlado como Diego Velazquez; tenia mas poder, mas elementos, y sobre todo, un brío y un arrojo á toda prueba, y nada podia detenerle cuando habia resuelto tomar venganza del agravio y castigar la ingratitud de Cristóbal de Olid.

La ciudad de México estaba alarmada con la noticia de aquella empresa; la salida de las pocas tropas españolas que habia en la plaza, infundia serios temores á los nuevos colonos; los naturales del país andaban alborotados; sufrían

el yugo de los conquistadores con disgusto, los tratamientos brutales de que habían sido víctimas durante los primeros años de la dominación española, engendraron entre ellos un odio terrible contra los que se consideraban sus señores, y de presumirse era que quisieran aprovechar los momentos y alzarse, procurando siempre su libertad y su venganza.

El ayuntamiento procuró disuadir á Cortés; los oficiales reales, el oidor, el factor, el tesorero y el contador le requirieron en nombre del emperador Carlos V para que desistiera de su empresa; pero todo fué en vano; Cortés despreció la súplica del ayuntamiento, y á los oficiales reales contestó que no era cierto que marchase á tan lejanas tierras, y que su único objeto era ir á Goatzacoalcos á otros negocios del servicio de su majestad.

Estaba ya en vísperas de salir la expedición, y á pesar de las protestas del conquistador, nadie ponía en duda que el fin de ella era la persecución de Cristóbal de Olid.

Una tarde, en una de las más suntuosas habitaciones que en aquellos tiempos habían comenzado ya á fabricar los españoles, y en una espaciosa estancia, se paseaba un hombre con aire meditabundo.

Aquel hombre parecía esperar algo, porque de cuando en cuando se detenía y se inclinaba, como escuchando algún rumor en la calle.

La fisonomía de aquel hombre nada tenía de notable, y su traje era una mezcla de armadura de soldado y de ropa de corte.

Mucho tiempo llevaba ya sin duda de aguardar, porque daba señales continuas de impaciencia; y aquella impaciencia subía por grados, pero rápidamente, y llegó por fin á

su colmo, al parecer, porque como obedeciendo á una determinación violenta, tomó de encima de una mesa que allí había cargada de papeles, un ancho sombrero negro adornado con plumas blancas, se lo caló con un movimiento convulsivo casi, y se dirigió violentamente á la puerta.

Pero antes de llegar, la puerta se abrió, y otro hombre penetró en la estancia, y sin tocarse siquiera el sombrero, volvió á cerrar.

El recién venido era precisamente el hombre de fisonomía de buitre y de luengos bigotes, que tanto había turbado á D<sup>a</sup> Isabel en el día de su boda.

—¿Y bien, Sr. Gonzalo de Salazar?—preguntó el que esperaba.

—Señor Peralminde Chirino,—contestó el de la cara de buitre—malas noticias.

—¿Malas?

—Sí, á fé: el muy magnífico Sr. Hernando de Cortés se empeña en que vuesa merced y yo hemos de acompañarle en esa descabellada expedición.

—¿Y el gobierno?

—En manos queda del licenciado Zuazo, de Alonso Estrada y de Rodrigo de Albornoz.

—¿También Albornoz?

—También; Cortés quería llevarle consigo, pero yo le aconsejé que le dejase.

—Tal hizo vuesa merced? Y con qué objeto? Albornoz es enemigo nuestro, y no comprendo.....

—Tardo es en verdad vuesa merced para comprender. El licenciado Zuazo, hombre de carácter dulce y de clara inteligencia, dominaría con facilidad á Estrada, y el gobierno estaría así en las manos de Cortés, porque Zuazo no

haria sino lo que Cortés quisiera, y si á esto se agrega que nosotros tenemos que partir con Cortés, se infiere claramente que nuestro poder seria ilusorio, y no seriamos nosotros mas que súbditos del mismo Cortés.

—En efecto.....

—Ya verá vuesa merced, ya verá..... permaneciendo Albornoz en México y tomando una parte activa en el gobierno de la tierra, y con la investidura tambien de gobernador, Estrada encontrará en él un apoyo ó un enemigo, y Zuazo un aliado ó un rival: en todo caso, la division, la discordia y la guerra son inevitables, y podemos aprovecharnos de eso.

—Pero ausentes y al lado de Cortés, no comprendo.....

—Cortés recibirá, lejos ya de México, la nueva de los disturbios, y se encontrará en la situacion mas embarazosa de su vida; nosotros para esa época habremos ya ganado su confianza si vuesa merced sigue mis consejos, y entonces, Cortés mismo, para remediar el mal, para cortar el escándalo, echará mano de nosotros, y volveremos como pacificadores, como árbitros: ¿comprende ahora vuesa merced?

—Perfectamente; solo temo que no salga todo como vuesa merced lo supone, y que Zuazo, Albornoz y Estrada se unan, y Cortés encuentre en ellos su mas firme apoyo.

—Si tal sucediera, diria yo que la naturaleza habia extraviado su curso, y no sucederá: además, contamos con otro elemento de discordia, del que aun no he querido hablaros.

—¿Y qué elemento es ese?

—Rodrigo de Paz, pariente, amigo y favorito de Cortés, á quien deja apoderado de sus negocios particulares, y á quien ha nombrado capitan de la artillería y de las

atarazanas; Rodrigo de Paz tiene el genio mas turbulento y mas ambicioso que conozco; no consiente mas superioridad que la de Cortés, ni rivalidad de ningun nacido; él nos ayudará más que los tres gobernadores, y él se encargará de destruir lo que fabrique la prudencia del licenciado Zuazo.

—A fé mia, Sr. D. Gonzalo, que si cuanto piensa y calcula vuesa merced no sale cierto, culpa del destino será, que no de falta de prevision.

—El tiempo se encargará de probar que no me falta razon, y que si el hombre cuida de meditar bien en los acontecimientos del porvenir, no dejará algunas veces de ser profeta. En fin, retírome; que no cité á vuesa merced, ni le envié á decir que me esperase, mas que con el objeto de darle las noticias que ha escuchado, y de advertirle que se prevenga para el cercano viaje, y para el evidente retorno.

—Dios lo permita.

—Tenedlo por permitido, que de ser tiene todo tal como yo lo digo.—Dios quede con vuesa merced.

—Él acompañe á su señoría.

Los dos hombres se estrecharon cordialmente la mano, y sin mas ceremonia, Salazar salió de la estancia cerrando tras sí la puerta, y Chirino se sentó en un sitial, y con la frente apoyada en la mano, quedó en esa postura en que solo el individuo sabé si duerme ó si medita.